

Nutema en Aboréachi¹ Huellas de Augusto Urteaga Castro-Pozo

Rocío Juárez Nogueira*

Víctor Hugo Villanueva**

“La muerte, sin duda, ocupa un lugar central en la vida de los rarámuri: ‘vivimos para morir’, suelen decir, y aceptan la muerte como parte inevitable de su existencia y hablan explícitamente y de forma natural de ella.”

Augusto Urteaga

Aunque algunos que comienzan a leer esta pequeña reseña conocen bien a Augusto, no está de más mostrar un breve recuento de sus estudios e importante trabajo en este país.

Augusto Hildebrando Urteaga Castro-Pozo nació el 1 de diciembre de 1948 en Lima, Perú. Creció con la influencia ideológica de su familia –su abuelo fue un importante intelectual y fundador del partido socialista de Perú; su madre Carmen Flora, feminista y militante del partido comunista peruano–, influencia que se verá reflejada años después en los estudios y preocupaciones de Augusto quien llega a México en 1968 a estudiar etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en México, D.F.

Años más tarde obtiene el grado de maestro en ciencias antropológicas por la Escuela Nacional de antropología e Historia y la Universidad Nacional Autónoma de México y realiza el doctorado en Antropología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa quedando en pasantía.

Investigador del INAH desde 1977, Augusto en su primer momento trabajó la antropología del trabajo y la antropología industrial. Fue Coordinador de la Maestría en Antropología de la ENAH y asesor académico de la Secretaría Técnica del INAH.

Fundador y profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en Chihuahua desde 1990, Augusto Urteaga representa un referente indispensable al abordar los temas de sistemas políticos indígenas y peritajes culturales, trabajos que realizó apasionadamente por la Sierra de Chihuahua durante años, hasta que murió el 29 de diciembre de 2008.



Augusto en Cusárare, diciembre de 2006.

Presentamos pues, una breve descripción del *nutema* que realizaron los *rarámuri* de *Aboréachi* a Augusto, retomando de igual manera algunas reflexiones del maestro sobre la muerte y la vida *rarámuri*.

El *nutema*

Desde la perspectiva *rarámuri pagotúame* la muerte física (*chuwí, chu'iki*) se explica como la ausencia total de las almas (*ariwá, alawá, iwigá*) en el cuerpo (*sapá*) de un ser vivo. Se dice que, al morir, el alma –o las almas– inicia(n) su ascenso al cielo (*osama-chikí*) donde la(s) espera el que es Padre y Madre

* Licenciada en Antropología por la Universidad de Veracruz. Actualmente se desempeña en el Área de Difusión del Centro INAH Chihuahua. Correo:piracanta@gmail.com

** Licenciado en Antropología por la ENAH Unidad Chihuahua. Actualmente se desempeña en el Proyecto “Peritaje antropológico en la Sierra Tarahumara” del Centro INAH Chihuahua. Correo: victorhugoenahchih@gmail.com

¹ “*Aboréachi* originalmente proviene del vocablo *Awari* que significa táscate, éste, como algunas otras palabras *rarámuri*, ha sufrido un cambio en su pronunciación quedando finalmente como *Aboréa*, sumado este al locativo *chi*, traducido literalmente como lugar de táscate” (Villanueva, 2008: 36).

(*Onorúame/Eyerúame*), Dios. Durante este proceso, las almas recorren todos los lugares visitados en vida con la intención de despedirse de las personas queridas, así como recoger las huellas dejadas en vida y “concluir” los compromisos truncos. La muerte es un cambio de forma, ya que se cree con toda certeza en la vida futura. El *nutema* (la ofrenda) es el ritual para apoyar al difunto en su paso de una vida a otra.

Por lo general, los familiares del difunto avisan a las autoridades indígenas del fallecimiento y se coordinan con los *chapeyocos* o *chapeyones* para invitar y llevar a cabo la ofrenda, éstos convocan a los vecinos, los músicos, los danzantes y al cantador (*wikaraáme*) o al curandero (*owirúame*), según lo amerite, para ayudar al difunto en su caminata al cielo ofreciéndole comida, bebida, baile y cantos para que tome la fuerza necesaria en su ascenso; también se le acercan las herramientas de trabajo que utilizó en vida e incluso algunas de las prendas de vestir que solía utilizar.

Para el caso de Augusto, su familia tomó la decisión de dejar las cenizas en la sierra de Chihuahua, en un pueblo de origen *rarámuri* llamado *Aboréachi*, al que llegó por vez primera siguiendo la ruta trazada por Kennedy –*Samachique, Kírare, Inápuchi, Aboréachi*– hace tiempo, y donde dejó muchos de sus sueños y esfuerzos: sus huellas.

El inicio formal del ritual fue por la tarde, al momento de despuntar el *teswino* (*batari* o *sowí*), ofreciéndolo a *Onorúame* al lanzarlo hacia los cuatro puntos cardinales. Los hombres y mujeres se agruparon genéricamente; los danzantes y su dirigente (*Alapersi*) por bandos –los de arriba y los de abajo–; los músicos afinaron sus instrumen-

tos, la guitarra, el violín y las voces de los niños circundaron el ambiente.

El *wikaraáme* sereno esperó el momento adecuado para iniciar su participación, frente al altar de ofrendas y a las tres cruces que representan al sol (*rayénare*), la luna (*mishaka*) y la muerte (*chuíki*) ataviadas éstas de manta blanca como símbolo de distinción entre lo sacro y lo profano. Comienza el *wikaraáme*, agita la sonaja de manera pausada mientras entona un canto con el que se comunica solemnemente con *Onorúame*.

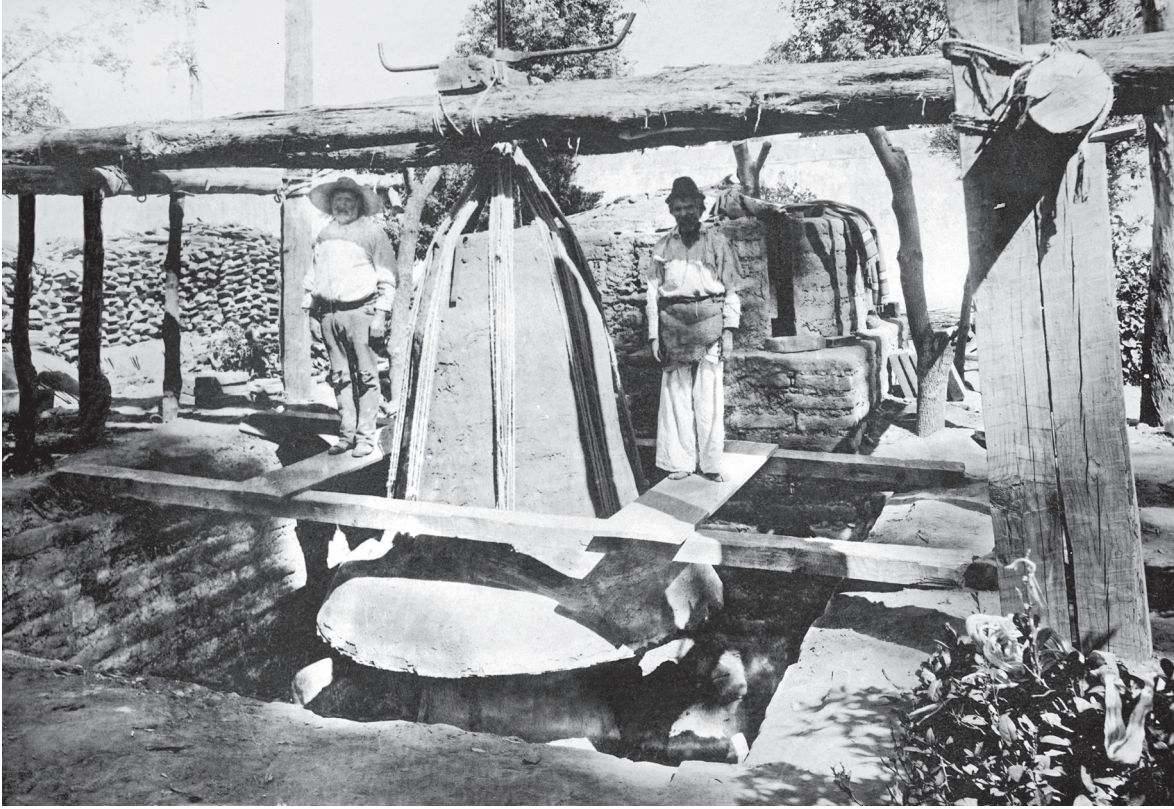
Los soldados (*sontari*) manifiestan su autoridad sosteniendo con ímpetu sus lanzas de madera teñidas de cal blanca, rayadas transversalmente en rojo, estilizadas en su contorno y encabezadas por una punta de metal forjado, aludiendo a los asistentes para que tengan un buen comportamiento, evitando todo tipo de agresión entre unos y otros. Un par de soldados acompañan a los danzantes en sus vueltas por el interior de la iglesia, por el atrio, hasta llegar de nuevo al patio lateral o *tiópachi*, donde se baila el matachín.

También se compartió el *batari*, encabezando Emiliano -hijo mayor de Augusto- la ronda del mismo, así los *rarámuri* de *Aboréachi* y los compañeros de Augusto bebíamos *batari* cuando nos sorprendió la lluvia, nos refugiamos en la iglesia y desde ahí mirábamos caer el agua que cedió minutos más tarde, dejando el ambiente fresco y el cielo gris.

Mientras tanto, el gobernador (*warú siríame*), y los chiquitos o segundos (*tara siríame*) prepararon el interior de la iglesia para la llegada del sacerdote y el oficio de la misa. Se colocaron las cenizas de Augusto al pie del altar sobre una silla



Augusto despuntando el *batari* (*teswino*).



Aztecas. Cuauhtlantzingo.

coronada con un paliacate con la imagen impresa de la virgen de Guadalupe junto a un par de fotografías del maestro, en las que aparece sonriendo, cálido, gustoso. Así, la mayoría de las veces de dos en dos, pasaban y se sentaban al lado de Augusto, despidiéndose en silencio, viendo al frente mientras transcurría la misa “Las personas no mueren hasta que dejamos de recordarlas, yo recuerdo a Augusto por su sencillez, por su compromiso con la defensa de los Derechos Humanos en los pueblos indígenas... porque fue capaz de desprenderse de los títulos y las teorías académicas para ver, escuchar y acompañar en la cotidianidad a los pueblos de la Sierra Tarahumara”, dijo el P. Javier Ávila, S.J. opinión que compartimos.

“Para nadie es un misterio el hecho de que las naciones latinoamericanas ocupen, algunas más dignamente que otras por cierto, un papel periférico ante la ubicación central de ciertas potencias en el mundo contemporáneo. En unas y otras, sin embargo, –al menos hoy nadie lo podría negar–, la manifestación o manifestaciones de ‘lo indígena, nativo o aborígen’ pone en relieve los factores étnicos tanto, o en la misma proporción, como otros componentes estratégicos de los Estados modernos en lo relativo a su devenir próximo y, más aún, a eso que todavía seguimos llamando el futuro de la humanidad.” Apuntalaba Augusto (2008: 269), afirmación que algunos hemos aprendido a valorar continuando las líneas de investigación abiertas por él mismo para la región serrana de Chihuahua.

Terminada la misa, para ese entonces ya era de noche, siguió el baile dentro de la iglesia, y continuaban pasando de dos en dos a despedirse

de Augusto. Afuera seguía cocinándose el *tónare* (carne de res o chivo cocida en agua con sal) y algunos salían de la iglesia a platicar y acercarse al fuego. El ritual prosiguió hasta el amanecer, la velación en todo momento se acompañó con música y baile. “En estos actos propiciatorios participan activamente los doctores indígenas (*owirúame*), cantadores, músicos y bailarines según los usos y costumbres de la cultura *rarámuri* y se prolongan durante el tiempo mientras exista la remembranza de las personas fallecidas”, escribía Augusto (2004: 328).

Al día siguiente, importante para los pueblos serranos por ser día de San Juan e inicio formal del ciclo de lluvias, cobijados por el sereno de la mañana y los primeros rayos del sol, el *wicaraáme* retomó la conducción del *nutema* al instalarse de nuevo frente a las cruces y el altar mientras el *alapsarsí*, los danzantes y los músicos se preparaban para continuar con su quehacer.

Al costado derecho de la iglesia comenzaban a remover la tierra húmeda donde depositarían las cenizas de Augusto. Durante el canto y el baile de los *rarámuri*, tomamos las primeras *wejas* con *batari* del día. Después de circundar la cruz principal ubicada en el atrio de la iglesia en un saludo ceremonial a *Onorúame/Eyerúame* se depositaron las cenizas de Augusto y echamos puñados de tierra hasta tapar la fosa.

Agrupados en el atrio de la iglesia escuchamos con atención el sermón (*nawésare*) de las autoridades indígenas del pueblo, quienes hicieron la invitación para que dentro de un año, nos volviéramos a congregarnos en el mismo lugar con la intención de rememorar al que nos dejó para tomar *El viaje de*

la muerte en el país de los tarahumaras². Generalmente para los rarámuri la cantidad de almas determina el número de ofrendas a realizar. Este ritual mortuorio se realizará en tres (*beikiá*) ocasiones si el difunto fue varón o en cuatro (*naó*) ocasiones si fue mujer, tomando en cuenta el día de su santo, el día de los santos difuntos (1-2 de noviembre) y el aniversario de su fallecimiento.

“Los rarámuri sienten temor por los muertos. Sienten tristeza todo el día, lloran porque ya no los volverán a ver, (...) sobre todo a quienes practicaban muy bonito (...) Ahora, ¿a dónde van a encontrar buena gente? (...). Así, todos lloran pues todos son iguales; su familia, su esposa, sus hijos, los hombres, también lloran porque –dicen– todos llevan la misma sangre y ven igual. Dicen también que los muertos recientes los visitan en sus sueños para que se vayan con ellos a la otra vida o para que simplemente seguir compartiendo sus comidas y *batari* (chica de maíz) junto con ellos. Pero según dicen los vivos, los muertos tienden a ‘jugar’ con ellos y eso es peligroso porque por el efecto que les tiene a ellos puede contagiarse de alguna enfermedad que llevaba el fallecido así como sus hijos pequeños, que para la sociedad rarámuri constituyen el flanco más desprotegido e inocente de su población. Si los muertos ocupan el espacio de sus sueños preparan ofrendas de comida en su honor y definitivamente se apuran a preparar las ceremonias mortuorias concomitantes: tres fiestas a los hombres (porque tienen tres almas) y cuatro a las mujeres (porque tienen cuatro almas). Y les hablan: les dicen que no vayan a volver, que los dejen dormir, que no causen enfermedades y que ya tienen comida para el largo viaje. Y lo más importante: las personas deben superar sus sentimientos de tristeza tan pronto como sea posible luego de la muerte de un ser querido porque si sus almas están tristes desearan abandonar su propio cuerpo para estar con el finado” (*op. cit.* 204: 333).

Después de escuchar el *nawésare*, compartimos *tónare*, elemento fundamental para la realización del *nutema*, ya que es el alimento preparado especialmente para los asistentes, agradeciendo su participación. Además, saciando el apetito y la sed, se fortalece el ascenso cabal del *aliwá* del difunto. Los danzantes, los músicos, el cantador y las autoridades indígenas son los primeros en recibir esta comida que comúnmente es proporcionada por el *tenanché*, pero en excepciones el compromiso corre a cargo del “casero” que suele ser un familiar cercano al difunto.

Fue en ese momento cuando Juan Luis Sariego rememoró los años en que Augusto y él emprendieron la aventura de trasladarse al estado de Chihuahua con la intención de fundar la Escuela de Antropología (ENAH-Unidad Chihuahua), estableciendo en la región noroeste del país un centro de docencia, formación e investigación antropológica que atendiera el fenómeno del que otros ya habían hablado, escrito y debatido: la génesis socio-cultural del norte de México, sus sectores de población, sus problemáticas estructurales y su dinámica particular; sin embargo, desde ese momento se iniciaría desde la propia perspectiva de los antropólogos formados en el noroeste, el estudio de una de las regiones donde la sociedad nacional y su México imaginario aún batalla por incluir a los sectores históricamente marginados como parte fundamental del proceso de conformación regional. Cuestión que Augusto siempre abordó a través de su trabajo, así, además de formar parte del surgimiento de la ENAH en Chihuahua, instruyó, escuchó y asesoró a estudiantes de esta escuela hasta sus últimos días con el interés de mostrar la importancia, fuerza y pertinencia de la investigación y respeto por la lucha de los pueblos indios.

Que el amor de sus seres queridos, la luz del día, la tranquilidad de la noche, la lluvia, tierra, música y canto de *Aboréachi* le permitan a Augusto llegar con bien a su destino.

We *mateteraba*, Augusto.
(Muchas gracias).

Bibliografía

- Merrill, William, Almas rarámuris, México, INI, 1992.
- Kennedy, John G. *Inápuchi, una comunidad tarahumara gentil*, México, INI, 1970.
- _____, *The Tarahumara*, edición de Frank W. Porter, Nueva York, Chelsea House, 1990.
- Urteaga Castro Pozo, Augusto, “Oremá-Oremaka: Estrella fugaz”, Proyecto Peritaje antropológico, *Diario de Campo* núm. 64, 2004, pp. 29-31.
- _____, “El viaje de la muerte en el país de los Tarahumaras”, en *Imagen de la muerte. Primer Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Humanidades*, Lima, UNMSM, 2004, pp. 325-338.
- _____, “Norte indígena mexicano: derechos pendientes”, en Juan Luis Sariego (coord.), *Retos de la antropología en el norte de México. 1er Coloquio Carl Lumholtz de Antropología e Historia en el Norte de México*, México, ENAH/INAH/CONACULTA, 2008, pp. 26-289.
- Villanueva, Víctor Hugo, “Sistemas políticos indígenas: Autonomía y libre determinación, *Aboréachi: Un caso en la sierra de Chihuahua*”, tesis, Chihuahua, ENAH-INAH, 2008.

² Urteaga (2004: 325-338).